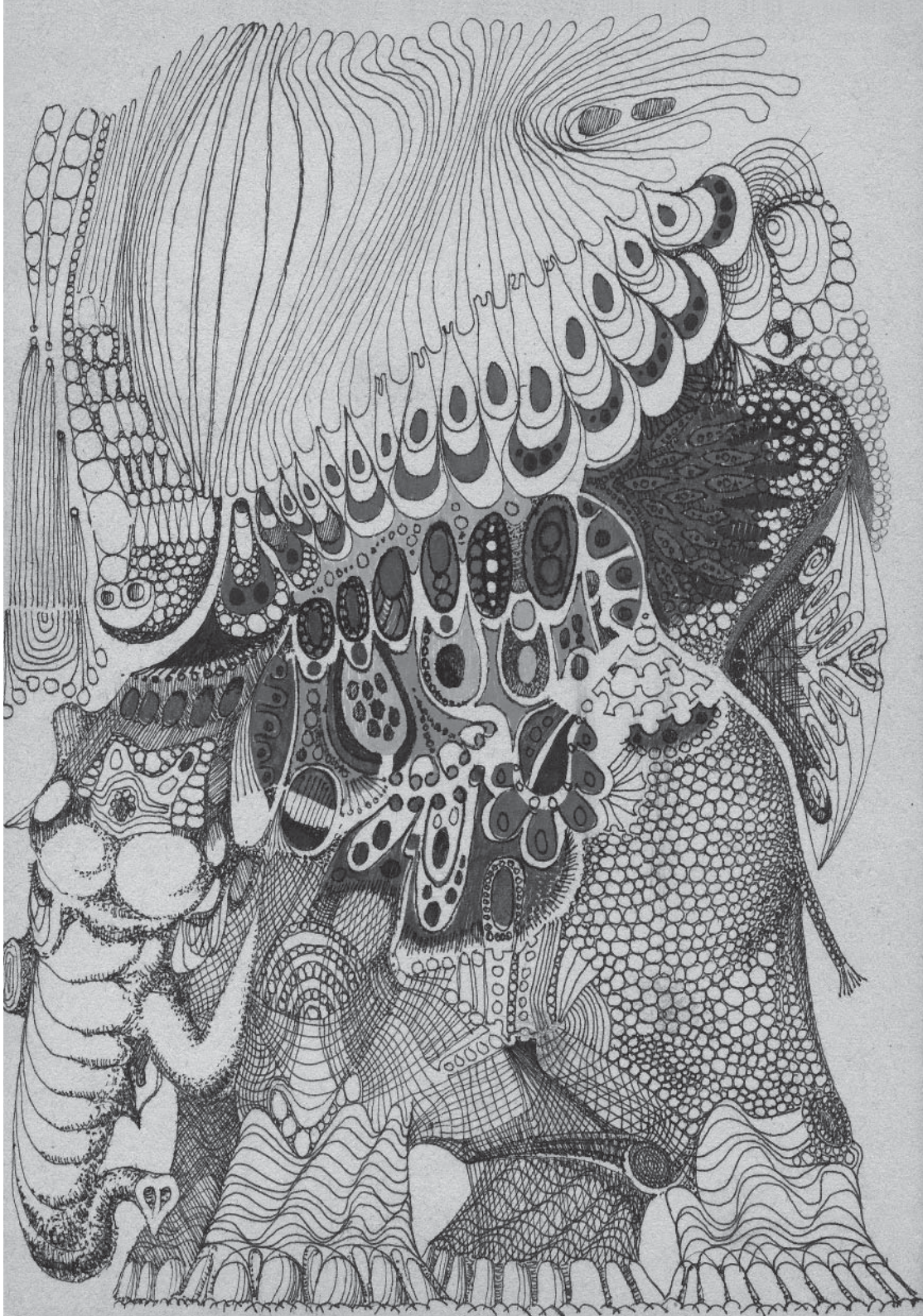




compañeros

Nombramiento de Antonio Fernández Alba como profesor emérito de la ETSAM | noviembre, 1997

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927), eminente Arquitecto, Académico de Bellas Artes y Catedrático jubilado, acaba de ser nombrado Profesor Emérito de la Escuela de Arquitectura en reconocimiento a su contribución esencial a la renovación de la enseñanza de la arquitectura en los años 60.

El difícil paso de una autarquía intelectual, empeñada en la imposible resurrección de un pasado imperial y glorioso (que probablemente no existió nunca), al reconocimiento de la existencia de un mundo exterior capaz de producir, desde realidades muy lejanas, obras de arquitectura no tan distantes de nuestras tradiciones, sin necesidad de muletillas políticas, fue posible en el mundo de la arquitectura gracias a un reducido número de personas, entre las que Antonio Fernández Alba jugó un papel sobresaliente.

Por un golpe de fortuna, el despertar de postguerra de la arquitectura española coincidió con un crecimiento explosivo del número de estudiantes, acompañado de un no tan explosivo crecimiento del de profesores, pero que permitió, no obstante, la incorporación a la docencia, en Madrid y Barcelona, de casi todos los Arquitectos responsables del cambio.

Dentro del ya reducido grupo que protagonizó el cambio de actitud general, fueron aún menos los que comprendieron que era necesario también un cambio del sistema de enseñanza, y tuvieron además la capacidad intelectual y la continuidad de propósito precisa para diseñar y aplicar un proceso didáctico racional para iniciar el aprendizaje de Proyectos.

La Escuela de Madrid debe a Antonio Fernández Alba, en mayor medida que a nadie, no sólo su participación en el impulso renovador, sino el establecimiento del primer programa sistemático de Elementos de Composición.

Cabe lamentar que no quisiera culminar su importante contribución a la renovación de la Escuela asumiendo la Dirección, en lo que hubiera constituido una salida lógica a la crisis de finales de los 70, y que además era lo que queríamos todos los comprometidos con la regeneración de la Universidad (que no éramos desgraciadamente todos los profesores).

Desde entonces, Antonio Fernández Alba acentuó un progresivo alejamiento del ejercicio de responsabilidades, al que tenía sobrado derecho, concentrando su esfuerzo en su personal actividad intelectual de la que es

una muestra esta obra que la Escuela de Arquitectura se honra en publicar en conmemoración de su nombramiento como Profesor Emérito, del que la institución se enorgullece.

Félix Candela Doctor Honoris Causa por la UPM | enero, 1998

Félix Candela va a ser el primer Arquitecto Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Madrid.

Esta ceremonia hubiera debido tener lugar hace años, y como todo tiene un lado positivo su insólita demora, me proporciona el inmerecido, y por ello más apreciado, honor de oficiar en ella.

Félix Candela estudió en la Escuela de Arquitectura de Madrid en los años de la República, intervino activamente como estudiante en la necesaria reforma de la institución, cuyo plan de estudios había quedado desfasado, en un momento histórico de cambio, luego frustrado, en que una parte del país trataba de impulsar la modernización de una sociedad que tradicionalmente se ha mostrado poco receptiva a nuevas ideas.

La guerra civil le obligó a exiliarse a México, sin tiempo para recoger su Título de Arquitecto, que luego le costó años convalidar y más aún consolidar, por lo que se encontró en un país lejano, sin más armas que su propia capacidad y sus conocimientos reales, sin la protección administrativa que proporciona una carrera con independencia del aprovechamiento obtenido.

Salió adelante trabajando como delineante y constructor, y la mayor parte de su obra construida está realizada en calidad de colaborador de otros Arquitectos que sí tenían Título reconocido por el Estado.

Con una sólida formación matemática y científica, se planteó la construcción de estructuras laminares, como solución práctica y económica para cubrir diversos espacios, compitiendo en el mercado. Pese a emplear soluciones que estaban muy por encima de la técnica constructiva del momento en México, supo traducirlas para su ejecución con los medios más elementales.

Mientras otros se planteaban cómo comprender el funcionamiento de estructuras que estaban en los límites de la capacidad real de análisis del momento, él las construía, explorando las posibilidades constructivas y las

implicaciones de su uso en el diseño, descubría y resolvía los problemas prácticos, tanto de definición geométrica como de ejecución, analizando además con unos impecables planteamientos mecánicos, de forma suficientemente rigurosa su comportamiento; empleando el aparato matemático en la medida precisa pero sin llevar el rigor del análisis más allá de lo necesario para asegurar la correcta definición y la adecuada seguridad.

Su proceso de aprendizaje le llevó a adquirir progresivamente una asombrosa capacidad de manejo de las formas con la certera intuición que sólo se logra con un conocimiento asimilado cada vez más profundamente hasta que puede llegar a expresarse en reglas geométricas suficientemente sencillas para guiar los procesos de diseño.

Su extraordinaria modestia, le hace pensar aún, que lo que para él es tan sencillo y obvio, también debería serlo para los demás y que como consecuencia no tiene gran mérito, y al cabo de los años sigue discutiendo en términos de ventajas económicas lo que es universalmente apreciado como delicadas creaciones de la mente.

El mundo tardó en descubrirle, pero cuando lo hizo, no fue para el cuarto de hora de fama que según Andy Worhol nos corresponde a todos; desde hace más de 30 años Félix Candela sigue siendo el Arquitecto español más universalmente conocido y el antiguo alumno de la Escuela de Arquitectura de Madrid, que es más útil citar como referencia en el extranjero.

El mejor panegírico de Candela, es su propia obra, su confesada inclinación por la "utilitas" me autoriza a utilizar su figura para unas reflexiones oportunas sobre la enseñanza de la Arquitectura, las instituciones que la imparten y la inserción del Arquitecto en la sociedad, en el momento actual, en el que está en marcha de nuevo una remodelación de los planes de estudios dentro de un proceso de cambio de la Universidad.

En primer lugar, incidiendo de nuevo en la polémica, tantas veces reeditada, sobre la conveniencia de mantener una base científica y técnica en la formación del Arquitecto, o escorar por completo la enseñanza hacia los aspectos artísticos y el desarrollo de la creatividad:

Candela es un excelente ejemplo de que la intuición de un Arquitecto debe ser una intuición educada; para actuar sobre el mundo físico es imprescindible conocer profundamente sus leyes, a lo que ayuda grandemente la capacidad de formular y manejar modelos matemáticos de las formas y los materiales.

Tal vez sea posible obtener obras geniales por la colaboración del soñador sin límites y el comprobador sin imaginación, pero las formas no salen de la nada, el “científico” con imaginación, que emplee su conocimiento como fuente de inspiración y no como limitación al ingenio puede aspirar a la creación verdadera mientras que el creador sin base deviene fácilmente el “creativo” de las campañas publicitarias, (papel para el que, por otra parte, cada vez parece haber más candidatos con cuarto de hora de fama incluido).

En segundo lugar, está la confianza en la calidad y el prestigio de la institución:

La conciencia de haber estudiado en una institución de primera línea, que había experimentado un proceso de renovación, en el que Félix Candela participó como alumno, en un momento de exaltación cultural de un país que intenta incorporarse a la modernidad, le proporcionó sin duda la confianza en su capacidad y conocimientos necesaria para cualquier acción, no basta saber, sino tener fe en que lo que se sabe es lo que hay que saber, vale y puede ser usado.

Por último, es obligado referirse al exilio. En el caso de Félix Candela, como en tantos otros, siempre nos hemos preguntado ¿cómo hubiera sido el país con ellos, y qué hubieran hecho de haberse podido quedar?

El argumento optimista es el de que, de haber podido usar el talento de tantos expatriados, que tal éxito han tenido fuera de España, la historia del país hubiera sido distinta, y al no tener que cambiar de medio, también la vida en España de los, desgraciadamente, exilados hubiera sido aún más fructífera.

Duele pensar por el contrario que el exilio y la obligación de empezar de cero fue causa de enormes sufrimientos para los expatriados, pero también ocasión y acicate para sacar lo mejor de cada uno, y ello frecuentemente en medios más abiertos y menos agresivos que el nuestro, cuya incapacidad para reconocer y aprovechar los méritos ha sido repetidamente probada a lo largo de la historia.

La formación adecuada, con un profundo conocimiento científico básico. La confianza en su capacidad y en la institución donde estudió. La necesidad consecuencia del exilio, y la oportunidad de encontrarse en un medio relativamente abierto, pusieron al joven Félix Candela en situación de abrirse camino, su curiosidad científica le hizo explorar caminos no trillados, lo hizo con eficacia y rigor, en el proceso surgió su genio, que era sin duda propio y no producto de las circunstancias, pero que tal vez no hubiera llegado a florecer de tan magnífica forma sin la conjunción de todas ellas.

La Universidad Politécnica, tiene el honor de investir como Doctor a un antiguo alumno de una de las Escuelas que ahora la componen. Un genio real, no producto del despilfarro y la moda, sino de la sencillez y la economía constante cultivador de sentido común, creador de la novedad sin alardes y con un certero juicio sobre lo útil y lo posible, cuya figura contribuye como pocas al prestigio de la institución.

Ha muerto Víctor D’Ors | enero, 1998

Hijo de Eugenio D’Ors, ha fallecido el profesor Emérito de la Escuela de Arquitectura, catedrático jubilado y antiguo Director en los difíciles años 60, en que debió afrontar la súbita masificación, la efervescencia política de la universidad, y las entradas de la policía (dimitió como Director después de un allanamiento especialmente violento en el que fueron apaleados indiscriminadamente alumnos y profesores).

Pensador original, platónico donde los haya, dominador como pocos de la sicología de grupo y con excelente instinto dramático, pocas veces encontró a la hora de escribir o de dibujar una puesta en escena que le satisficiera plenamente, dejando siempre inconcluso e impublicable el resultado de miles de folios en que interminablemente inventaba (la invención era su fuerte) más que clasificaba el arte, la arquitectura, las ciudades, el orden social y el mundo en general, en una intrincada (y clarísima cuando tomaba la palabra) red ternaria.

Siguiendo su propia clasificación, fue un genio de la palabra, un talento con la pluma y un ingenio en el dibujo.

Aunque durante muchos años fue Arquitecto del Ayuntamiento de Madrid y le debemos el trazado de los jardines del Paseo del Prado, su vocación a la que se aferró siempre fue la docencia y hasta el último momento siguió impartiendo cursos en la Escuela de Arquitectura a la que estuvo ligado durante la mayor parte de sus 87 años de vida.

Alejandro de la Sota |febrero, 1998

Es difícil saber si era así, o se fabricó a sí mismo; en todo caso, el hombre pequeño vestido de gris, de aspecto enfermizo y ojos penetrantes, se mantuvo fiel a su trabajada imagen de terca e improbable humildad hasta el final.

Dedicó sus últimos años a un proyecto para la Empresa Municipal de la Vivienda cerca de la Puerta de Toledo, en el que proyectó unas oficinas donde le habían pedido viviendas porque “la calle es ruidosa y lo adecuado es hacer una crujía de oficinas y situar detrás las viviendas”.

La administración, tan generosa en tantas otras ocasiones con caprichos de alto coste y difícil justificación, archivó el último proyecto de D. Alejandro, que se mantuvo en sus trece defendiendo hasta el final que la Arquitectura es, ante todo, lo que se debe hacer y en ningún caso, dar solución más o menos brillante a un problema mal planteado.

Hubo quienes no tuvieron inconveniente en participar en un concurso de “Proyecto y Obra” para sustituir al que hubiera sido el último edificio de D. Alejandro. La ocasión habría merecido el homenaje de la abstención, al menos por parte de un cierto sector ilustrado de la profesión.

D. Alejandro de la Sota fue bastantes años profesor de la Escuela, de donde salió para no volver, después de una oposición a Cátedra en la que teóricamente contaba de entrada con el apoyo de un Tribunal afín en lo ideológico. Fiel a su costumbre de no poner las cosas fáciles a nadie (incluido él mismo por supuesto), en un fatal ejercicio de coherencia se negó a admitir las reglas del juego: ni quiso preparar diapositivas de una obra amplia, importante y sobradamente conocida por todos, incluido desde luego el Tribunal, ni aceptó en los ejercicios apartarse del discurso intimista y lúcido que eran sus clases.

Nunca quiso volver a la Escuela y cuando por fin transigió después de repetidas invitaciones, y quedó en venir un día, su salud se lo impidió.

Cumplió desde fuera de la Escuela un papel de referencia que probablemente le hubiera sido difícil representar dentro. La relativa lejanía y difícil acceso le ayudaron a mantener la coherencia de una imagen que vista más de cerca, siempre hubiera revelado algunos aspectos que no encajaron del todo.

Fuera real o fabricado, el personaje prefirió mantenerse igual a sí mismo y coherente hasta el final, trabajando poco y personalmente, cuando

probablemente no le hubiera costado capitalizar su trabajada fama, apadrinando en sus últimos años proyectos no tan propios pero con algún toque del maestro.

Por encima de los numerosos sotianos, de los que hay ya varias generaciones (lo peor de un gran hombre suelen ser los discípulos), nos quedan algunas obras admirables que probablemente en parte lo son por no ser tan racionales como él decía querer.

Fernando Cassinello |febrero, 1998

Era imposible no querer a Fernando Cassinello. Era mayor que el “tamaño natural”, como deben hacerse las estatuas de hombres ilustres, tanto en lo físico: alto, gordo, fuerte; como en el carácter: optimista incorregible, trabajador incansable, discutiendo impenitente. Su desbordante vitalidad le hacía tirar adelante sin regatear esfuerzos en empeños propios y ajenos, con la generosidad sin límite propia de quien se siente poseedor de una ilimitada energía.

Un profesor así era ya una rara ave en un ambiente universitario donde la gente empezaba a apreciar las ventajas de practicar el arte de la caza a la espera, que tanto se ha perfeccionado y popularizado en los últimos años.

Era imposible no quererlo, pese a ser un triunfador, catedrático de Construcción al primer intento, después de una sorprendente tentativa de serlo de ¡Teoría del Arte!! en competencia con Víctor D’Ors y a la vez una carrera meteórica en el Torroja, donde era Director en funciones mientras proyectaba y dirigía importantes edificios.

Empecé a entender su auténtica dimensión humana al ver la entereza con la que se enfrentó a su tragedia. Asumió, sin dudar, su responsabilidad. Comprendió que su posición no podía ser defendida de forma automática por todos los compañeros, sin llevar nunca el tema al terreno personal. Luego hizo lo más difícil: volver a la Escuela y reanudar sus obligaciones docentes con total normalidad, por pocos años, desgraciadamente.

Después de su prematura muerte, el aprecio y la comprensión dejaron paso a la admiración. Sólo una persona extraordinaria ha podido dejar semejante huella en su familia; en ello tuvo la ayuda de otra persona fuera de lo común, también desaparecida demasiado pronto, Pepa Cassinello (como ella quería que la llamaran). Fue el complemento de este hombre grande, que fue un gran hombre

cuando tuvo la suerte de cara, y supo seguir siéndolo cuando le dio la espalda.

Reeditar uno de sus dos libros publicados, de una colección que iba a constar de nueve, permite compaginar el homenaje personal a un amigo con la política de recordar, mediante la reedición de algunas publicaciones de aquellos que tuvieron el valor de escribir, que la Escuela de Arquitectura de Madrid es una institución con una larga historia, que incluye numerosos profesores dignos de recuerdo.

No es un libro actual, no puede obviamente serlo, pero sí es un importante testimonio de un hombre muy ligado a quienes cambiaron de una forma radical el entendimiento y el uso del hormigón, y que al tiempo tuvo una intensa actividad profesional en el campo de la construcción.

Tiene pues este valor de documento relativo no sólo a las nociones técnicas del momento (que han variado en poco más que aspectos cuantitativos), sino también al propio entendimiento del hormigón como medio para hacer arquitectura por encima de los modelos concretos de análisis y las técnicas de puesta en obra.

Fernando Chueca | noviembre, 2004

Don Fernando Chueca será recordado como denodado defensor del patrimonio artístico español, ejerció desde la cátedra y la academia con su excelente oratoria y mejor pluma una labor didáctica esencial para el entendimiento de nuestro patrimonio arquitectónico.

Nunca rehuyó una batalla, con 87 años cumplidos y atendiendo la petición que le hicimos numerosos arquitectos, presentó su candidatura a Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, redactó un manifiesto en el que se definía como “Regeneracionista”, estuvo a la altura de las obligaciones de campaña, debate incluido, ganó y emprendió la tarea de sacar al Colegio de una profunda crisis en que lo habían sumido anteriores Juntas.

Ejerció de Decano, delegando con inteligencia y dirimiendo en los asuntos importantes (tenía una increíble lucidez para distinguir lo principal de lo accesorio). Cumplido su programa, se retiró dejando una situación de calma y juego limpio, las elecciones siguientes a su marcha han sido las más tranquilas que se recuerdan en la historia de la institución.

Para nada necesitaba Don Fernando, que ya tenía todo el prestigio y reco-

nocimiento público que pudiera desear, embarcarse en la aventura de una elecciones cuyo resultado era incierto y que de hecho se decidieron por un puñado de votos. El que lo hiciera pone de relieve un rasgo de su carácter, un compromiso más ético que político con sus semejantes. Fue un hombre valiente, desprendido y amante de la justicia y así lo recordaremos.

Jacques Heyman | octubre, 2005

El objeto de la ciencia es el conocimiento del mundo que va fraguándose y modificándose mediante el doble juego de la observación y la formulación de modelos que van siendo validados o superados mediante nuevas observaciones; durante el siglo XX hemos sido testigos de la espectacular sustitución del modelo newtoniano por el relativista; del espectacular desarrollo del increíble universo en expansión y nos encontramos en la terrible situación de que sólo podemos dar cuenta del 5% de la materia-energía del universo completada por conceptos tan poco científicos como “la materia oscura” y la “energía oscura” que dejan en mantillas al “éter” del siglo XIX.

En el campo de las estructuras, que fue una materia exclusivamente técnica (como hacer las cosas para obtener los resultados requeridos), hasta Galileo, asistimos a una temprana explosión de interés científico (a lomos del cálculo diferencial), hasta que, a finales del XIX hay un modelo consolidado y unos sistemas de ecuaciones en derivadas parciales que agotan la cuestión desde el punto de vista científico, dejando un amplio margen para la cuestión técnica, tanto en cuanto a procesos constructivos como a técnicas de análisis económicamente viables.

En los años 40 del siglo XX un proceso de refinamiento de las técnicas de análisis, unido a tandas rigurosas de experimentación, converge hacia un nuevo modelo cuya motivación entra aún más en el campo de la técnica que de la ciencia.

La visión desde arriba de este nuevo modelo (nacido como el modelo elástico de las estructuras de acero), que lo dota de un nivel de abstracción tan elevado que trasciende su origen y lo hace aplicable a cualquier tipo de estructura y material, significa nada menos que volver, siquiera brevemente, el problema estructural al ámbito científico que parecía agotado desde el siglo XIX.

Corresponde al profesor Heyman una buena parte del mérito de trascender

la técnica y hacer nuevamente ciencia en el campo de los modelos estructurales.

Gracias a la temprana edad en que comenzó a realizar aportaciones fundamentales a la teoría de estructuras, y a su prodigiosa madurez que aún le permite estar no sólo físicamente entre nosotros, sino intelectualmente activo y fecundo, tenemos la fortuna de celebrar con él, y no sólo en su memoria, las fantásticas generalizaciones que hace medio siglo cambiaron la manera de entender las estructuras, pese a que una legión de cultivadores de sábanas de números siga viviendo de vender modelos complicados cuya exactitud está en el propio proceso, pero cuyo ajuste a la realidad es mucho más problemático.

Asís Cabrero | febrero, 2006

Mi último recuerdo en relación con Asís Cabrero es (hará probablemente casi treinta años) el de un espléndido dibujo de un capitel en un ejercicio de oposición a una Cátedra de Análisis de Formas que no obtuvo; aquello no iba de dibujar sino de “analizar formas” que no se sabe bien lo que es pero parece de más lucimiento.

Asís Cabrero había ya entonces protagonizado una trayectoria profesional extraordinaria con una arquitectura enraizada en el racionalismo italiano, que pudo conocer directamente, y en la vanguardia española anterior a la Guerra Civil, creando una obra muy singular en el marco de la arquitectura oficial monumentalista del momento. Pudo desarrollar sus proyectos gracias a su vinculación a algunos de los órganos decisivos de la arquitectura de Posguerra, como la Obra Sindical del Hogar, a la que se incorporó como estudiante en 1941 y de la que llegó a ser arquitecto jefe del departamento técnico, sin olvidar la dirección de la Feria Internacional del Campo en 1950, la dirección técnica de la Gerencia de Urbanización del Ministerio de la Vivienda en 1961 o su asesoramiento a partir de 1962 en las Universidades Laborales.

Muestras de esta actividad diversa han sido la Colonia Virgen del Pilar, especialmente su cuarta fase de atrevidas viviendas dúplex, la Escuela de Hostelería, las viviendas de la calle Reyes Magos de Madrid, el Diario Arriba, el Colegio Mayor San Agustín, el Pabellón de Cristal de la Casa de Campo, la Casa del Pastor, sin olvidar, claro está, el amplio reconocimiento nacional que obtuvo en 1950 al ganar el concurso, junto a Rafael Aburto, para levantar la Casa Sindical, actual Ministerio de Sanidad.

Concluyo esta presentación agradeciendo a su viuda María Josefa Cabrera y a sus hijos la generosidad que han demostrado al legar a la Fundación COAM el archivo profesional de Asís Cabrero, constituido por 459 proyectos, y a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Alcalá de Henares su papel mediador en este propósito. Su cesión claramente alienta el camino hacia la consecución de un gran centro de documentación desde el que se difunda la arquitectura española y se fomente su investigación.

En memoria de Miguel Fisac | julio, 2006

Al filo de los 93 años, en su última obra, aún en proyecto, iba a emplear un “sistema de construcción mediante elementos prefabricados con funciones arquitectónicas y resistentes conjuntas” patentado por él hace años en España y en otros 21 países entre ellos, Estados Unidos y Rusia.

Miguel Fisac era un personaje escueto, de una sola pieza, no cabe distinguir partes donde no las hay, pero si tratar de analizar desde distintos puntos de vista la actividad de una personalidad monolítica; arquitectos, diseñadores, constructores, inventores, polemistas y teólogos entre otros podrían con facilidad revindicar su figura como uno de los suyos, aunque dado el afán de exclusividad que caracteriza a todo gremio, es más probable que lo calificaran como “alguien, de fuera, que ha hecho cosas”.

Empezó a trabajar como arquitecto en los años de la Posguerra Civil con un encargo sorprendentemente importante para un arquitecto tan joven: el conjunto de Edificios de Investigaciones Científicas en la Calle de Serrano obra que lo convierte en experto en edificios singulares que jalonan su dilatada obra (si bien es verdad que acababa convirtiendo en singular casi todo lo que hacía) que incluye cerca de 300 proyectos construidos aparte de una considerable cantidad de proyectos y anteproyectos no construidos, patentes, diseños de muebles y lámparas, libros y artículos publicados...

La Posguerra Española coincide con la Segunda Guerra Mundial a la que siguen años de aislamiento; es la época de la autarquía en la que autosuficiencia era, no sólo la doctrina del régimen, sino una necesidad impuesta por las circunstancias; cuando las cosas cambian, el objetivo autárquico del régimen se va desvaneciendo hasta desaparecer sin excesivo estruendo pero los vicios, o virtudes, adquiridos por los individuos en esa época ya forman parte de su identidad.

No había de nada, nada podía venir de fuera, había que arreglarse con lo que teníamos y el que quería algo que no existía en el estrechísimo mercado nacional tenía que inventarlo; como contrapartida había poco freno a la invención: no había competencia y la mano de obra era barata, incluso muy barata, por lo que las invenciones consistían en soluciones artesanales directas a los problemas con exclusión de cualquier sofisticación de los procesos de producción, (imposible en el depauperado contexto industrial) lo que permitía “inventar desde fuera” algo prácticamente imposible en una sociedad industrial avanzada.

Una inteligencia aguda, con una gran capacidad de ver lo esencial de las cuestiones, y nada dada al conformismo, tenía por fuerza que lanzarse por el camino de la invención para conseguir lo que consideraba posible y la industria no le proporcionaba; Fisac ejerció su inventiva en elementos estructurales, muebles, lámparas e incluso dio el primer paso para trascender de la condición de inventor para sí mismo a la de explotador de inventos, patentando sus invenciones de toda índole, bien es verdad que sin mayor resultado práctico.

Su relación con el hormigón armado dio lugar a las primeras patentes relativas a vigas-hueso postensadas o pretensadas. Detrás de la invención hay varias consideraciones:

- La eficacia de un elemento sometido a flexión depende del canto y mediante formas huecas de pared delgada pueden conseguirse vigas de grandes cantos, relativamente ligeras y exentas de problemas de inestabilidad lateral.
- El tensado de las armaduras, sea pretensado o postensado evita la fisuración del hormigón y lo hace impermeable, lo que permite prescindir de impermeabilización y dejar el hormigón visto al exterior.
- Las formas huecas producen de manera natural una doble barrera entre el ambiente exterior y el interior lo que permite prescindir del aislamiento térmico y dejar el hormigón visto, también en el interior de edificio.
- Las formas interiores complejas corrigen algunos de los problemas acústicos que plantean las superficies duras y lisas del hormigón.

No era fácil producir formas huecas del hormigón y la realización práctica se tradujo en elementos cortos, semejantes a vértebras, cosidos con alambres rectos de postensado (realmente los inconvenientes constructivos de las armaduras curvas sobrepasaban con mucho las ventajas).

La colaboración con Barredo, que paralelamente registraba sus propias patentes, fue decisiva para llevar a cabo una interesantísima serie de cubiertas

cuyo valor como hallazgo arquitectónico no ofrece ninguna duda:

El aspecto interno y externo del hormigón visto, con las secciones de las vigas claramente manifiestas al exterior, con la iluminación natural, incluso con visera protectora del soleamiento integrada y una sutil depresión para la evacuación del agua, son todo un manifiesto de cómo resolver de una vez con un solo gesto todos los problemas que plantea una cubierta.

Luego la realidad es tozuda y los problemas de segundo orden son decisivos.

- La iluminación depende de unas placas de poliéster traslúcido encajadas en unas ranuras, y la impermeabilidad depende demasiado del sellado entre ellas y con el hormigón.
- Las vigas van sueltas y tienen ligeros movimientos relativos que complican aún más el problema de las filtraciones.
- Las secciones delgadas de hormigón protegen poco la armadura que se corroe y rompe el hormigón cuando cesa la protección química al carbonatarse el recubrimiento.
- El aislamiento térmico de la doble capa es manifiestamente insuficiente para los estándares actuales.
- Cuando la lluvia va acompañada de ráfagas de viento penetra por el interior de los tubos y no se evacua con facilidad.

Como se ve, parte de las dificultades tienen que ver con la iluminación cenital, y la exposición a la intemperie, de hecho funcionaron con menos problemas las soluciones ciegas con piezas de sección simétrica.

Un intento en los años 70 de explotar industrialmente las patentes reduciendo el tamaño de las secciones para ejecutar obras menos heroicas que las de Miguel Fisac, no tuvo éxito y sólo llegó a usarse en edificios propiedad del industrial que financió el intento.

El interés de Fisac por el hormigón y su afán de experimentación no se agotan con las vigas-hueso: en el Edificio de IBM emplea unas ingeniosas piezas huecas de hormigón como parasoles verticales de una fachada principal orientada a poniente (luego extendió la solución a las otras fachadas), una vez más, el hormigón visto es determinante en la imagen interior y exterior del edificio.

En los laboratorios Jorba, hoy demolidos, utilizó de una curiosa manera unos paraboloides ejecutados in situ como elemento que liga ventanales de fachada que giran 45° de una planta a otra.

En las oficinas Bioter intenta esta vez unir planos de fachada alternativa-mente salientes y rehundidos mediante unas formas curvas de hormigón, finalmente desiste ante los problemas que plantea el constructor y acaba dando, con disgusto, una brillante solución en chapa ondulada que demuestra una sorprendente habilidad en el manejo de un material que no empleaba de forma habitual.

En los años 70 empieza a experimentar con encofrados flexibles, consciente de que si bien asociamos el aspecto del hormigón in situ a la madera por las huellas del encofrado que determinan su textura; la utilización de otros materiales da lugar a nuevos acabados y llegaron a interesarle de manera especial las formas y texturas resultantes de la interacción del hormigón con encofrados localmente flexibles. Es la parte menos entendida de su obra que en el ejercicio que todos hacemos de forma inevitable de convertir en estereotipos a nuestros semejantes, introducía un factor de exhuberancia que no cuadraba con la imagen seca y escueta, casi ascética que todos nos hacíamos del personaje a través de su obra y de la que él nunca se sintió esclavo.

Miguel Fisac nunca fue prisionero de su propia imagen, y entre otras muchas cosas, entendió el hormigón lo manejó de manera novedosa, no admitió límites a su imaginación, lo que se le ocurría no era para él una posibilidad sino la consecuencia inevitable de una lógica aplastante y cuando la industria no le proporcionó lo que buscaba, dedicó tiempo y esfuerzo sin límite a inventarlo y lo que es más difícil, a conseguir que lo fabricaran.

Sus inventos no van más allá de su obra, no podía ser de otro modo, refinarlos lo suficiente y hacer las concesiones precisas para que fueran aceptados por el mercado le hubiera llevado un tiempo y un esfuerzo que hubieran comprometido su misión (más que carrera) de arquitecto y por otra parte no era persona de concesiones ni componendas.

Fue un arquitecto que empezó a hacer su arquitectura hace casi setenta años y seguía intentando que le dejaran hacerla cuando murió en pleno uso de una lucidez envidiable.

Ramón Vázquez Molezún |2006, septiembre

Ramón Vázquez Molezún, pese a su condición de Arquitecto, era ante todo un ser humano, vital amable y divertido que hacía gala de una modestia nada fingida con la que trataba siempre de quitar importancia a la altísima valoración que muchos dábamos a su obra y su persona; procuraba desviar siempre el mérito a quienes habían trabajado con él, especialmente en el caso de José Antonio Corrales con quien colaboró en las que, probablemente, sean las mejores obras de ambos.

Era un agudo y tranquilo observador con grandes conocimientos técnicos, que muy en su papel negaba, declarándose de manera muy gallega ignorante universal; tenía sorprendente habilidad manual (que ejercitaba desmontando sus motos y arreglando su frágil barca de Bueu en la Ría de Pontevedra), que le permitía proyectar como si estuviera construyendo con sus propias manos o al menos esa era la impresión que daba cuando se discutía con él la construcción durante la redacción de un proyecto.

A propósito de la barca de Bueu (una dorna) hacía una observación, aplicable a las rehabilitaciones: decía que había cambiado tantas piezas que no quedaba ya ningún trozo de madera original pero no obstante seguía siendo la misma barca.

Su familia, gracias a su hija María, ha donado su archivo al Colegio, OHL, que incluye a la antigua constructora Huarte, que construyó gran parte de su obra, ha patrocinado la catalogación por decisión personal de su Presidente Juan Miguel Villar Mir; gracias a ambos en nombre del Colegio y de los Arquitectos.

En memoria de Manuel Sierra y Nava · Colegiado Nº 981 |Diciembre, 2007

Manolo Sierra para los amigos, ha muerto a los 84 años, como consecuencia de una caída tonta en la escalera de su casa. El día antes del accidente habíamos comido, como de costumbre los sábados, un grupo de amigos.

Su excesiva generosidad que le llevó a ver en otros las cualidades que no buscó en sí mismo le ha cerrado el paso al panteón de arquitectos ilustres. Cuando al poco de acabar la carrera su amistad con José Antonio Girón, el todopoderoso Ministro de los primeros años del franquismo, lo puso al frente de la operación de los "poblados dirigidos", que él mismo ayudó a diseñar en gran medida uniéndolo su ingenuidad a la del "Procer" (fue una operación de construcción

de vivienda social de una magnitud completamente desproporcionada a los recursos estatales del momento), en lugar de patrimonializar el protagonismo arquitectónico dio paso a los mejores arquitectos jóvenes del momento. Romani, Oiza, Iñiguez, Vazquez de Castro, Carvajal, Corrales, Molezún, García de Paredes..., que tuvieron así una oportunidad de construir de verdad y lanzar su carrera en un momento de gravísima depresión económica.

Fue de los primeros (no ya arquitectos, sino ciudadanos), que vislumbró las posibilidades futuras del turismo y tras estudiar cuidadosamente el litoral español, decidió apostar, probablemente antes de tiempo, por Marbella y la costa malagueña; fué anteponiendo de manera progresiva a lo largo de su dilatada vida, su faceta de gestor a la de arquitecto.

Reivindicó siempre su derecho a pensar, opinar y actuar libremente y respetó el de los demás a hacer lo mismo.

Antonio Lamela |marzo, 2007

Cuando vine a Madrid en el año 56 a intentar ingresar en Arquitectura, Antonio Lamela hacía ya un par de años que había terminado la carrera y estaba haciendo sus primeros edificios; entre ellos recuerdo el de la calle O'Donnell y el del final de la Castellana, a la izquierda, con obras estupendas que figuran con todo merecimiento en la obra "Arquitectura de Madrid" a la que Antonio ha contribuido con no menos de nueve obras, pese al insoportable defecto nacional de perdonar con dificultad los fracasos y no perdonar nunca los éxitos.

Un arquitecto, si tiene suerte y la aprovecha, se ve tarde o temprano abocado al dilema de limitarse a hacer lo que puede abarcar de forma muy personal, lo que le lleva a trabajar poco y ser muy apreciado por sus colegas, o de crecer y organizar un gran estudio capaz de competir en las grandes ligas, lo que conduce a una cierta despersonalización de la obra y no suele estar bien visto por los compañeros.

Antonio Lamela fue capaz de dar el salto al gran estudio antes que nadie en Madrid y ha sido capaz de mantenerlo y de competir con éxito en el mercado internacional, sin renegar nunca de su condición de colegiado del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, a cuyas Juntas Generales ha asistido con regularidad, al tiempo que ha cumplido siempre sus obligaciones colegiales.

Muchos arquitectos, entre los que me encuentro, tendremos siempre la curiosidad de cómo hubiera sido la obra de Antonio Lamela de haber seguido la vía personal, y se trata en todo caso de una cuestión teórica; y de haber tomado ese camino nunca hubiera construido la T4, esa obra grandiosa que tenemos ocasión de admirar a conciencia en nuestros interminables paseos por el edificio.

Fisac sin adjetivos |febrero, 2007

Era de una pieza, sin partes ni adjetivos y trataré en lo que sigue de hacer el ejercicio de no emplear ninguno, salvo los posesivos, aunque no he podido evitar los adverbios, y de ceñirme a lo que de él conozco directamente.

Miguel Fisac fue para mí, a la sazón estudiante, antes obra que persona; Conoci de su existencia a través de los Dominicos de Alcobendas y en una boda entre arquitectos celebrada allí hace unas semanas volví a recordarlo una vez más poco antes de su muerte. Era la propuesta, sin concesiones, de una iglesia, la planta de cruz dejaba paso a la hipérbola, los muros de ladrillo, el techo de madera, la luz encauzada por los tubos de fibrocemento sobre la cruz suspendida por hilos de cobre, todo sigue igual y emociona igualmente tantos años después.

Lo que había hecho antes empezó a interesarme, pero no era fácil obtener una opinión al respecto de nuestros profesores de la Escuela, lo que le situaba ya en esa especie de limbo de los que no se dejan clasificar en el que se movió siempre; hacía lo que le parecía y no tenía miedo a nada, ni siquiera a la construcción y las estructuras, dominó en lo esencial todo lo que necesitaba para hacer la arquitectura hasta el final.

Poco después se nos apareció en persona en los coloquios que organizaba Carlos de Miguel y que entonces como ahora se llenaban con estudiantes. No dialogaba, afirmaba siempre con vehemencia y sin demostrar, a lo que parecía, interés por las opiniones de los otros, o al menos esa era la impresión que sacábamos; mucho más tarde entendí que no era dado a la duda. Luego fui descubriendo obras, algunas hechas bastante antes. Fachadas y techos llenos de inventiva (más aún para los medios de la época) que dejaban pasar la luz sin que apareciera el cristal. Alguno de ellos como los Laboratorios Jorba con el cuadrado en planta que giraba y los picos del remate podría a primera vista parecer casi una broma a quien no conociera al personaje, y desde luego no lo era. Y siempre hormigón, tratado cada vez de una manera, inventando todo

unas veces y casi copiándose a sí mismo otras.

La frecuencia de su obra fue disminuyendo y cuando muchos años después volvió a aparecerse, con más frecuencia como persona, pensé que él había cambiado pero ahora creo más bien que el que había cambiado era yo. En las Juntas anuales de accionistas de El País, en las que ahora me tocaba a mí ser el que hablaba, nos unía el interés por el periódico y el desinterés por Prisa como negocio.

Nunca congenió con la Escuela de Arquitectura, incluso siendo Sáez de Oiza Director y yo Subdirector se encerró unas navidades en solidaridad con los suspensos del proyecto Fin de Carrera; no hicimos nada y acabaron cansándose todos.

Cuando demolieron Laboratorios Jorba y más tarde cuando negociábamos con el Ayuntamiento qué podría quedar de Laboratorios Alter o con el Ministerio de Hacienda su intervención en la reparación de uno de los edificios de Investigaciones Científicas, me sorprendió el desapego con el que hablaba de su obra, en paralelo con el que demostraba sobre su propia existencia.

En la cremación de Ramón Vázquez Molezún (el otro gran dominador de la esencia de la construcción que he tenido la fortuna de conocer y tratar, y no es fácil imaginar personalidad más opuesta a Fisac en todo lo demás), Miguel pronunció una oración como no he oído ni espero oír en mi vida, modelo de estoicismo y conformidad con la muerte y a la vez llena de alegría.

Cuando visité con él el Instituto de Investigaciones Hidrológicas junto al Manzanares (conservado con parsimonia y cariño hasta en el mobiliario) para poner una placa, o cuando pronunció la conferencia de la semana de la arquitectura 2005 aquí mismo, seguía lúcido como siempre, pero su vigor empezaba a apagarse asediado por los años, mientras en paralelo su casa hecha por él en el Cerro del Aire y compartida tantos años con Ana María era asediada sin piedad por el crecimiento de Madrid.

Trabajó hasta el final intentando hacer su arquitectura contra viento y marea y consiguiéndolo con frecuencia; murió en su casa de siempre rodeado de su familia después de una vida de una pieza, sin fisuras adornos ni adjetivos. Reposa en un cementerio de pueblo con su hija muerta prematuramente, bajo un pino plantado por él y una lápida que él mismo diseñó, vivirá en nuestro recuerdo mientras vivamos los que le conocimos.

Rafael Baltar |septiembre, 2010

Era algún año mayor que yo y además había ido a una academia de dibujo distinta. En los tiempos del ingreso las primeras amistades se hacían en las academias, (yo conocía a Manolo Gallego porque también había ido a Bernaechea, donde hacíamos un dibujo austero y considerábamos amanerados a los de las otras academias).

A Rafael y a mí, nos unió el orden alfabético que determinaba la mesa de dibujo, donde pasábamos la mayor parte de nuestra vida, bien es verdad que hablando, mucho más que dibujando.

Mi colega de delante era un vasco taciturno que además solía estar bebido, y detrás estaba Rafael seguido de Enrique Burkhalter también fallecido, que fue muchos años socio mío de estudio.

Congeniamos enseguida, probablemente porque éramos muy distintos y yo apreciaba su fina ironía gallega y su capacidad de ver las cosas siempre de otra forma, mientras que él era tolerante con mis crueles sarcasmos, nada finos por otra parte.

Aún me parece verle cuando en una discusión movía la cabeza y exagerando el acento gallego daba un giro completamente surrealista al tema.

Discutir con él ayudaba a entender el que cualquier cuestión podía mirarse desde otro punto de vista, aunque uno aprendía pronto, que si se había formado una opinión era completamente imposible que la cambiara; si se le presionaba admitía: “no, si eso también puede ser pero.....”, y si se le presionaba más, intentaba convencerte que lo que tú decías era lo mismo que él estaba diciendo.

Yo le decía que era una especie de gallego transparente como esas figuras de anatomía en que se transparentan huesos, músculos, arterias, etc.; uno tenía a veces la impresión de que podía ver cómo las ideas le daban vueltas por los circuitos del cerebro, para decir algo de forma que a su interlocutor no le pareciera completamente rechazable, si no le parecía probable que fuera a estar de acuerdo.

Recuerdo una vez que Oiza nos había puesto como tema un “foro universitario”, naturalmente sin programa (nadie sabía que podía ser aquello), en un desnivel a la izquierda de la avenida central de la ciudad universitaria (donde años después se construyó el bodrio de hormigón visto de la facultad de Ciencias de la Información).

Con Oiza era una cuestión elemental, ser lo menos concreto posible, pero llegaba el momento en que no había más remedio que había que dibujar algo. Rafael produjo una serie de líneas relativamente paralelas y resolvió el problema de la cantidad de trabajo, haciendo varias reproducciones heliográficas (en aquella época hacían maravillas en todo tipo de papel y con incontables tonos de sepia) del mismo dibujo, con las que tapizó las paredes de su cubículo (en el último curso disfrutábamos de ese lujo asiático).

Oiza se detuvo, y desoyendo a Vázquez de Castro que comentaba:

“¡A ver cuando le vemos hacer un esfuerzo que no sea de tipo económico!, expresó su interés por aquello que tenía la virtud de ser lo suficientemente abstracto como para excitar su imaginación.

¿Son curvas de nivel de unas bóvedas? - ¡Desde luego!

¿O son los bordes de una serie de bandejas? - ¡Precisamente eso!

Muy bien pero, ¿Cuál de las dos cosas? - Tráigame mañana una sección.

La sección, resultó ser una bóveda con unas bandejas horizontales pegadas, afortunadamente - los demás no habíamos dibujado ni eso- se acabó anulando el ejercicio.

Aunque me parece estarlo viendo con esa mezcla de ingenuidad y obstinación y esa capacidad de dar un giro surrealista a cualquier situación, no me es posible hacer un juicio crítico de su persona ni de su capacidad como arquitecto; para mí ha sido siempre un amigo al que me es tan difícil mirar desde fuera como a mí mismo.

Hemos vivido juntos no pocas borracheras (se suponía que, salvo Le Corbusier, que tenía otros vicios, cualquier arquitecto que mereciera la pena, empezando por Alvar Aalto, bebía como un cosaco), cantidad de noches en la escuela a la que íbamos con el propósito de trabajar, pero salvo que fuera la última noche antes de la entrega, no había manera y acabábamos con la botella de 103 etiqueta negra; y dos viajes inolvidables a trabajar unos meses en París y en Turquía.

Entre las muchas cosas que le debo (alguna, como no tomarse muy en serio a uno mismo, no llegué a aprenderla del todo) están estos dos viajes en una época en que no era tan fácil salir de nuestro país.

Después de acabar la carrera no nos vimos mucho; recuerdo de algún encuentro cuando ya se había establecido en Santiago, en el que hizo un merecido elogio de la ciudad y de la calidad de vida en comparación con Madrid y terminó; “*por eso vosotros no venís nunca por Santiago y yo voy a Madrid todo lo que puedo*”.

Glosa a Juan Miguel Hernández León. De un retrato al siguiente |octubre, 2008

Me ha pedido nuestro nuevo Director que pronuncie desde mi retrato unas palabras en la imposición de la medalla de la escuela a Juan Miguel Hernández León, que ha ejercido el cargo entre ambos y que pase en este momento a ser el retrato siguiente.

No es un encargo fácil dada mi gran amistad con el homenajeado; mientras que por una parte me regocija tener ocasión de demostrarle en público mi afecto, por otra temo no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias.

Vamos a colgar en esta sala el retrato número 26 del que creo hace el número 29 de los Directores de esta venerable institución, faltan al parecer tres retratos como he sabido recientemente. Sólo tres Directores Aparici, López Otero y Canosa han ostentado el cargo más tiempo que Juan Miguel (D. Modesto López Otero tiene el record imbatible de 18 años).

De ellos he conocido personalmente a 12 contando al actual, que hará el número 30 (desde D. Pascual Bravo, autor del proyecto de este edificio que con tanta dignidad ha llevado el paso del tiempo).

No es poco honor figurar en esta exclusiva galería de retratos; confieso que allá por el año 91 del pasado siglo, cuando decidí presentar mi candidatura a Director de esta escuela, mi principal motivación real era el poder un día ver mi retrato en esta sala, me abstuve prudentemente de decirlo en la campaña y me centré en temas menores, como el hacer funcionar la escuela y devolver el prestigio y la dignidad a la institución y al edificio que pasaban por entonces horas bajas.

Juan Miguel colaboró estrechamente conmigo en mi etapa de Director y ha podido ver en su período la culminación de algo que empezamos juntos; hemos pasado de la cola a la cabeza entre las escuelas de la Politécnica, diecisiete años de esfuerzo continuado, más violento en mi período y más hábil en el suyo (no todos somos iguales afortunadamente), creo que han marcado un hito en la historia reciente de la institución.

Cuando uno es colgado en esta galería, lo que podría hacer ya lo ha hecho, y queda sometido al juicio de la posteridad (al menos mientras la posteridad se acuerde de quién era uno). Los juicios no son absolutos, siempre está detrás la referencia de qué ha recibido uno al iniciar su mandato y qué deja al

siguiente; la dificultad de la tarea depende del punto de arranque.

Yo lo tenía muy fácil, la escuela atravesaba un momento especialmente penoso; para no pecar de falsa modestia creo que Juan Miguel lo tenía más difícil y puedo decir para su crédito, y me enorgullece poder hacerlo, que Luis lo tiene aún más difícil. En todo caso para la siguiente ceremonia de cuelgue de retratos yo ya no estaré en activo y sólo seré el penúltimo de los 29 retratos, y si se consolida esta costumbre de que cada retrato habla del siguiente, tampoco me tocará intervenir en la ceremonia, en la que por cierto esta vez se da la circunstancia que probablemente no se ha dado nunca en la historia de la escuela de que estamos presentes tres exDirectores en activo, dos de ellos ya por poco tiempo.

Cumplido el papel ceremonial no resisto la tentación de hacer una glosa de la persona, cuyo retrato incorporamos a esta galería:

Arquitecto en ejercicio, que no sólo no ha abandonado sino que lo acrecentado durante su época de Director, con obra pasada estimable y futura de importancia trascendental para la ciudad de Madrid. Ha sabido compaginar su labor de Director con la de Presidente del Círculo de Bellas Artes y en este sentido mantener y acrecentar la conexión de la escuela con las otras bellas artes y con el mundo internacional de la arquitectura.

Lector contumaz, conferenciante en varios idiomas, con memoria para poder hacer citas inteligentes en cualquier circunstancia, sin que le importe exhibir su cultura. Autor de libros, creador de una revista de arquitectura con éxito... y encima es karateca, monta bien a caballo, es capaz de conversar hasta altas horas de la madrugada sin que se le note el nivel de alcohol en la sangre y asimila el picante más atroz sin mover un músculo de la cara para asombro y consternación de los mexicanos.

No es fácil (diría que ni siquiera posible) hacer todas estas cosas apoyándose en dotes naturales, semejante personaje sólo puede ser resultado de un cuidadoso proceso consciente de fabricación para llegar al necesario distanciamiento que permita simultanear tantas actividades y la correspondiente máscara de amable cinismo e ironía sobre la propia persona que ayuda a los demás a perdonar el éxito en este país que tan intransigente es siempre con la fortuna ajena.

Soy muy malo con las citas, pero haré un intento. Creo que era Pirandello el que decía que en cada persona había tres, el que creía ser, el que los demás

creían que era y el que era realmente; eso tal vez sea cierto a los cuarenta años, pasados los sesenta, tenemos la cara y somos el personaje que nos hemos fabricado. Mi amigo Juan Miguel, que ahora que ambos somos retratos, va a estar en adelante junto a mí, se ha fabricado un excelente personaje.

Para terminar, un ruego al actual Director. Ha llegado a mis oídos que se habla de mover los retratos para hacer sitio para dentro de treinta años, por favor que deje algo de trabajo a nuestros sucesores y deje las cosas como están, es el ruego de un retrato (los retratos somos conservadores) a quien lo será andando el tiempo.